

oðres nuevos

LOS NAUFRAGIOS

«Él vierta añejo vino en odres nuevos»
M. Menéndez y Pelayo

Títulos publicados
recientemente

Don Juan Manuel
El conde Lucanor
Versión de Enrique Moreno

Arcipreste de Hita
Libro de Buen Amor
Versión de María Brey

Poema del Cid
Versión de Francisco López Estrada

Leyendas épicas españolas
Versión de Rosa Castillo

Gonzalo de Berceo
Milagros de Nuestra Señora
Versión de Daniel Devoto

Cuentos de la Edad Media
Versión de M^a Jesús Lacarra

Álvar Núñez Cabeza de Vaca
Los naufragios
Versión de José María Merino

Miguel de Cervantes
Entremeses
Versión de Andrés Amorós

Fernando de Rojas
La Celestina
Versión de Soledad Puértolas

odres nuevos

ÁLVAR NÚÑEZ
CABEZA DE VACA

LOS NAUFRAGIOS

VERSIÓN Y PRÓLOGO DE
JOSÉ MARÍA MERINO


CASTALIA
EDICIONES

Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:
<https://www.castalia.es>
<https://www.edhasa.es>

ra edición: abril 2012

ra reimpresión: junio de 2020

la edición: José María Merino, 2012

la presente edición: Edhasa (Castalia), 2012

e cubierta: *Carta Universal* en Pedro de Medir
Cosmographia, fls. 2v3r (s. XVI). Biblioteca N
drid.

gráfico: RQ

978-84-9740-452-5

ito Legal B-11248-2012

o en Liberdúplex

o en España

gurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los ti
nt, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducci
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, compr
ña y el tratamiento informático, y la distribución de ejempla
e alquiler o préstamo público.

la CEDRO (Centro Español de Derechos Reprógraficos, w

ÍNDICE



Prólogo	9
---------------	---

LOS NAUFRAGIOS

Proemio	13
---------------	----

Capítulo primero

En el que se cuenta cuándo partió la armada y los oficiales y gentes que en ella iban	17
--	----

Capítulo segundo

De cómo el gobernador vino al puerto de Xagua trayendo consigo un piloto	23
---	----

Capítulo tercero

Cómo llegamos a la Florida	25
----------------------------------	----

Capítulo cuatro

Cómo entramos tierra adentro	27
------------------------------------	----

Capítulo cinco

Cómo el gobernador dejó los navíos	33
--	----

Capítulo seis

Cómo llegamos a Apalache	39
--------------------------------	----

Capítulo siete

De la manera que es la tierra	41
-------------------------------------	----

Capítulo ocho	
Cómo partimos de Aute	47
Capítulo nueve	
Cómo partimos de Bahía de Caballos	51
Capítulo diez	
De la refriega con los indios	55
Capítulo once	
De lo que sucedió a Lope de Oviedo con unos indios	61
Capítulo doce	
Cómo los indios nos trajeron de comer	63
Capítulo trece	
Cómo supimos de otros cristianos	67
Capítulo catorce	
Cómo partieron cuatro cristianos	69
Capítulo quince	
De lo que acaeció en la villa de Malhado	73
Capítulo dieciséis	
Cómo partieron los cristianos de la isla de Malhado	77
Capítulo diecisiete	
Cómo vinieron los indios y trajeron a Andrés Dorantes, a Castillo y a Estebanico	81
Capítulo dieciocho	
De la relación que hizo de Esquivel	87
Capítulo diecinueve	
De cómo nos separaron los indios	93
Capítulo veinte	
De cómo huimos	97
Capítulo veintiuno	
De cómo curamos aquí a unos dolientes	91
Capítulo veintidós	
Cómo otro día nos trajeron otros enfermos	103

Capítulo veintitrés	
Cómo partimos, tras haber comido los perros	111
Capítulo veinticuatro	
De las costumbres de los indios de aquella tierra ..	113
Capítulo veinticinco	
Cómo los indios están siempre preparados para utilizar armas	117
Capítulo veintiséis	
De las naciones y lenguas	119
Capítulo veintisiete	
De cómo nos mudamos y fuimos bien recibidos ...	123
Capítulo veintiocho	
De una costumbre nueva	127
Capítulo veintinueve	
De cómo se robaban los unos a los otros	131
Capítulo treinta	
De cómo cambió la costumbre de recibirnos	137
Capítulo treinta y uno	
De cómo seguimos el camino del maíz	145
Capítulo treinta y dos	
De cómo nos dieron los corazones de los venados	155
Capítulo treinta y tres	
Cómo vimos rastro de cristianos	157
Capítulo treinta y cuatro	
De cómo envié a por los cristianos	142
Capítulo treinta y cinco	
De cómo el alcalde mayor nos recibió bien la noche que llegamos	161
Capítulo treinta y seis	
De cómo hicimos construir iglesias en aquella tierra	165

Capítulo treinta y siete	
De lo que aconteció cuando quise volver	169
Capítulo treinta y ocho	
De lo que les sucedió a los demás que entraron en las Indias	173

PRÓLOGO



Como el lector podrá comprobar enseguida, este libro desarrolla puntualmente la crónica de unas peripecias asombrosas por las penalidades, los territorios y las gentes con que los náufragos protagonistas se van encontrando. Al trabajar con el texto para ponerlo en un español totalmente inteligible desde las convenciones léxicas y gramaticales de nuestro tiempo procuré, sin embargo, que no se perdiesen ni su forma ni, sobre todo, el tono original, a lo que su autor sigue teniendo un derecho que nada autoriza a conculcar.

Conocía y admiraba este libro desde hace muchos años, aunque lo había leído en una edición no comentada. Para esta versión, o peculiar traducción, mi referencia ha sido la magnífica edición anotada, provista de un excelente prólogo, que hizo Enrique Pupo Walker y que se publicó hace veinte años en esta misma editorial. También consulté otras ediciones anotadas, entre ellas una de cuyo autor no quiero acordarme, porque consiguió despertar mi indignación en numerosos puntos.

No sé por qué se ha corrido la voz entre ciertos especialistas de que *Los Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca pertenece al género de aventuras —dicho esto con cierto menosprecio— y es obra sospechosa de exageraciones y embustes por parte de su autor. En algunos casos, el comentarista de marras se atreve incluso a tratarlo como a un conquistador cargado de los tópicos imperialistas que parece obligado atribuir a todos los españoles de aquel tiempo.

Son sorprendentes tales aproximaciones a una crónica en la que, para empezar, palpita la verosimilitud a lo largo de todas las páginas. Si Álvaro Núñez Cabeza de Vaca hubiera querido escribir un relato de aventuras, su referencia hubieran sido necesariamente los libros de caballerías, modelo vigente en su tiempo para recrear unas peripecias en lugares exóticos desde la ficción literaria. Quitarle mérito a esta crónica atribuyéndole la invención de aventuras imaginarias es desconocer que el género de aventuras, en su formulación «realista», proviene de una forma diferente de ver las cosas, nacida a principios del siglo XVIII.

«Escribí esta relación con tanta certeza, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden creerlas sin duda ninguna, y tener por muy cierto que antes me muestro en todo más corto que largo», dice el autor en el proemio de su libro; y la lectura desprejuiciada nos invita a aceptar lo que cuenta, precisamente por lo desusado de muchos aspectos, sobre todo en lo que se refiere a las distintas tribus que Álvaro y sus compañeros van conociendo, meticulosamente descritas en sus usos y comportamientos, y a sus relaciones con ellas.

Quien en nuestros ámbitos rurales haya tenido el privilegio de conocer, siquiera mínimamente, como ha sido mi caso, ciertos aspectos de lo que tenía que ver con

curanderos, sanadores, *meigas* y *compostores*, no encontrará extraña ninguna de las actividades que convierten a Álvar y a sus compañeros en eficaces médicos, sobre todo con la añadidura de lo que sabemos hoy día sobre el chamanismo y la medicina mágica practicada en tantos pueblos del mundo. Incluso el episodio del supuesto resucitado es plausible, por cuanto no podemos saber, como pienso que tampoco lo pudo saber el propio Álvar, si realmente aquel hombre estaba muerto o no.

Pero lo que verdaderamente sorprende al lector sin prejuicios y con cierta carga de cultura, es que no se haya querido ver en este libro, con unanimidad, lo que tiene de precedente luminoso de los modernos estudios antropológicos. Hay en Álvar Núñez Cabeza de Vaca una intuición genial cuando, también en el proemio, dice: «... no me quedó ocasión para hacer más servicio que este, el de ofrecer a Vuestra Majestad relación de lo que pude saber y ver durante los diez años en que, por muchas y muy extrañas tierras, anduve perdido y desnudo, tanto en lo que se refiere al sitio de las tierras y regiones, con las distancias que las separan, como en las manutenciones y animales que en ellas se crían, y las diversas costumbres de las muchas y muy bárbaras naciones con quienes conversé y viví, así como las demás particularidades que pude alcanzar y conocer...».

Entre nosotros, el padre de la Antropología Cultural fue fray Bernardino de Sahagún, con su riquísimo trabajo sobre las lenguas y costumbres del mundo náhuatl; sin embargo, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, modesto cronista de sus desdichas y las de sus compañeros, puede adscribirse perfectamente al equipo de esos precursores de los estudios etnográficos, por la curiosidad y el respeto con que expone las costumbres de los pueblos con los que se va encontrando, que desde luego resultan totalmente

creíbles ante nuestra mirada, siempre que no la veamos con previa y tópica parcialidad. Y atribuirle conciencia imperialista no deja de ser una burda manipulación, cuando en las partes finales del propio texto conocemos sus reacciones frente a los encontronazos de cristianos invasores e indios huidos.

Claro que también está la aventura, una aventura emocionante. Si no perteneciese a la historia de los españoles, cuya actuación en América ha tenido desde el principio tantos detractores implacables; si hubiese algo similar en la tradición de franceses o anglosajones, pueblos que también urdieron imperios, sin duda este libro sería un clásico mundial en la crónica verdadera de las grandes aventuras humanas.

José María Merino
Miembro de la Real Academia Española
5 de marzo de 2012

PROEMIO

SACRA, CESÁREA, CATÓLICA MAJESTAD



Entre todos los príncipes que ha habido en el mundo, creo que no se podría hallar ninguno a quien hayan procurado los hombres servir con tan verdadera voluntad, con diligencia y deseo tan grandes, como vemos que sirven hoy a Vuestra Majestad. Se podrá conocer claramente que esto no sucede sin gran causa y razón: no son tan ciegos los hombres como para seguir todos sin fundamento este camino, pues vemos que lo hacen los naturales, a quienes obliga la fe y la sujeción, pero que incluso los extranjeros se esfuerzan por aventajarlos.

Sin embargo, aunque en el deseo y voluntad de servicio estén todos conformes, además de lo que cada uno pueda hacer por sí mismo, hay una diferencia muy grande, que no viene causada por su culpa sino solamente por la suerte, o mejor dicho sin culpa de nadie, por la voluntad y el juicio de Dios, de lo que resulta que uno puede acabar prestando servicios más señalados de los que imaginó y que a otro le puede ocurrir todo tan al revés, que no sea capaz de

mostrar de su propósito más testimonio que su diligencia, e incluso que esta quede muchas veces encubierta.

De mí puedo decir que en la empresa que llevé a cabo en Tierra Firme por mandato de Vuestra Majestad, estaba seguro de que mis obras y servicios serían tan claros y manifiestos como lo fueron los de mis antepasados, y que no tendría necesidad de explicaciones para contarme entre los que, con entera fe y gran cuidado, administran y tratan los cargos de Vuestra Majestad y a quienes hacéis merced. Mas como ni mi consejo, ni mi diligencia fueron útiles para que aquello a lo que habíamos ido fuese conseguido conforme al servicio de Vuestra Majestad, y que por nuestros pecados Dios permitió que, de cuantas armadas han ido a aquellas tierras, ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin, no me quedó ocasión para hacer más servicio que este, el de ofrecer a Vuestra Majestad relación de lo que pude saber y ver durante los diez años en que, por muchas y muy extrañas tierras, anduve perdido y desnudo, tanto en lo que se refiere al sitio de las tierras y regiones, con las distancias que las separan, como en las manutenciones y animales que en ellas se crían, y las diversas costumbres de las muchas y muy bárbaras naciones con quienes conversé y viví, así como las demás particularidades que pude alcanzar y conocer, que de ello, de alguna manera, Vuestra Majestad será servido. Porque aunque siempre fue muy poca la esperanza que tuve de salir de entre ellos, siempre puse mucho cuidado y diligencia en guardar particular memoria de todo para que, si alguna vez Dios nuestro Señor quisiera traerme adonde ahora estoy, pudiese dar testimonio de mi voluntad y servir a Vuestra Majestad.

Además, la relación es aviso, a mi parecer no liviano, para quienes en vuestro nombre fueren a conquistar aquellas tierras y juntamente traerlas al conocimiento

de la verdadera fe y del Señor verdadero y al servicio de
Vuestra Majestad.

Escribí esta relación con tanta certeza, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden creerlas sin duda ninguna y tener por muy cierto que antes me muestro en todo más corto que largo, y bastará para esto habérselo yo ofrecido a Vuestra Majestad. A la cual suplico la reciba a título de servicio, pues esto es lo único que un hombre que salió desnudo pudo sacar consigo.

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL QUE SE CUENTA CUÁNDO PARTIÓ LA ARMADA Y LOS OFICIALES Y GENTE QUE EN ELLA IBAN



El diecisiete de junio de mil quinientos veintisiete partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda el gobernador Pánfilo de Narváez, con orden y poder de Vuestra Majestad para conquistar y gobernar las provincias que se encuentran en Tierra Firme, desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida. La armada que llevaba se componía de cinco navíos, en los cuales irían seiscientos hombres, poco más o menos. Los oficiales que con él iban, porque de ellos se debe hacer mención, eran los que a continuación se nombran: Cabeza de Vaca, como tesorero y alguacil mayor; Alonso Enríquez, como contador, y Alonso de Solís, como recaudador de Vuestra Majestad; como veedor o jefe militar iba un fraile de la orden de San Francisco, comisario, que se llamaba Juan Suárez, con otros cuatro frailes de la misma orden.

Llegamos a la isla de Santo Domingo, donde estuvimos casi cuarenta y cinco días proveyéndonos de algunas cosas necesarias, especialmente de caballos. Allí abandonaron la armada más de ciento cuarenta hombres, que se

quisieron quedar por los ofrecimientos y promesas que los de la isla les hicieron. De allí partimos y llegamos a Santiago, puerto en la isla de Cuba, donde durante algunos días que permanecemos el gobernador se repuso de gente, armas y caballos.

Sucedió allí que un gentilhomme que se llamaba Vasco Porcalles, vecino de la villa de la Trinidad, en la propia isla, ofreció al gobernador ciertas provisiones que tenía en la citada Trinidad, a cien leguas del puerto de Santiago. Partió para allá el gobernador con toda la armada, mas a mitad del camino, llegados a un puerto llamado Cabo de Santa Cruz, decidió esperar y enviar dos navíos a recoger las citadas provisiones; para ello mandó que un capitán, de nombre Pantoja, fuese con su navío, y que para mayor seguridad yo le acompañase con otro navío que el gobernador había comprado en la isla de Santo Domingo.

Llegados al puerto de la Trinidad, el capitán Pantoja fue con Vasco Porcalles a la villa, que se encuentra a una legua del puerto, para recibir los bastimentos, y yo me quedé en la mar con los pilotos, que me dijeron que debíamos marcharnos de allí con la mayor presteza posible, porque aquel puerto era muy malo y en él se solían perder muchos navíos; y puesto que lo que allí nos sucedió fue cosa muy notable, me parece que contarle aquí no estará fuera del propósito y fin con que yo he querido escribir mis vicisitudes.

Al día siguiente, muy temprano, comenzó el tiempo a no dar buena señal, porque se puso a llover y el mar iba arreciando tanto, que aunque yo había dado licencia a la gente para que se fuese a tierra, cuando vieron el tiempo que hacía y la distancia hasta la villa, se volvieron al navío por no sufrir el agua y el frío. En esto vino una canoa en la que me traían una carta de un vecino de la villa rogándome que me fuese para allá, que me darían

las provisiones que necesitase, a lo cual me excusé diciendo que no podía abandonar los navíos. A mediodía volvió la canoa con otra carta en la que me pedían lo mismo muy inoportunamente, y hasta me traían un caballo como montura; di la misma respuesta que la primera vez, respondiendo que no dejaría los navíos, mas los pilotos y la gente me rogaron que fuese, para que las provisiones se trajesen lo antes posible y pudiésemos marcharnos enseguida, pues ellos tenían gran temor de que los navíos se fuesen a pique si permanecían mucho tiempo allí.

Por tal motivo tomé la determinación de ir a la villa, aunque como primera medida dejé ordenado a los pilotos que, si arreciara el viento sur, por el que allí suelen perderse muchas veces los navíos, y se veían en grave peligro, los encallasen y abandonasen, procurando ante todo salvar a la gente y a los caballos. Y tras esto me fui, y aunque quise llevar algunos hombres en mi compañía, se negaron a salir, aduciendo que había mucha mar y mucho frío y que la villa quedaba muy lejos; que al día siguiente, que era domingo, saldrían, con ayuda de Dios, para oír misa.

Una hora después de haber salido yo, la mar comenzó a ponerse muy brava y el viento norte se hizo tan recio, que ni los bateles osaron salir a tierra, ni pudieron de ninguna manera encallar los navíos, por venir el viento de proa, de suerte que con muy gran trabajo, por los vientos contrarios y la mucha mar que había, estuvieron aquel día y el domingo hasta la noche. A tal hora la tempestad comenzó a crecer tanto que no había menos tormenta en la mar que en el pueblo, donde todas las casas e iglesias se derrumbaron y era necesario que los hombres anduviésemos siete u ocho abrazados los unos con los otros, para podernos amparar del viento y que no

nos llevase, y andando entre los árboles no teníamos menos temor de ellos que de los edificios, pues también se caían y podían matarnos.

En tal tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde pudiésemos estar seguros ni media hora. Andando en esto escuchamos durante toda la noche, especialmente desde la mitad de ella, mucho estruendo y ruido de voces y gran sonido de cascabeles, flautas, tamboriles y otros instrumentos, que duró hasta por la mañana, cuando cesó la tormenta. Nunca otra cosa tan medrosa se vio por estas tierras, y yo hice una averiguación de ello, cuyo testimonio envié a Vuestra Majestad.

El lunes por la mañana bajamos al puerto y no hallamos los navíos; vimos sus boyas en el agua, por lo que dedujimos que habían naufragado, y recorrimos la costa por ver si hallábamos alguna cosa de ellos, pero como no encontramos nada nos metimos por los montes y a un cuarto de legua del agua hallamos la barquilla de un navío montada sobre unos árboles, y a diez leguas de allí por la costa se hallaron los cuerpos de dos personas de mi navío y ciertas tapas de cajas, las personas tan desfiguradas de los golpes contra las peñas que apenas se podían reconocer. Encontramos también una capa y una colcha hecha pedazos, sin que apareciese ninguna otra cosa.

Se perdieron con los navíos sesenta personas y veinte caballos. Quedaron los que habían salido a tierra el día que los dos navíos allí llegaron, que serían unos treinta. Así permanecemos algunos días con mucho trabajo y necesidad, porque también se habían perdido las provisiones y mantenimientos que el pueblo tenía, y algunos ganados; la tierra quedó de tal modo que era lástima verla: caídos los árboles, destruidos los montes, todo sin hojas ni hierba. Así lo pasamos hasta el cinco de noviembre, día en que llegó el gobernador con sus cuatro navíos,

que también habían sufrido una gran tormenta y habían logrado salvarse gracias a haberse refugiado a tiempo en lugar seguro.

La gente que en ellos venía y la que allí había estaba tan atemorizada de lo pasado, que temía mucho volver a embarcarse en invierno, y rogaron al gobernador que lo pasase allí; y él, vista su voluntad y la de los vecinos, decidió invernar en aquellas tierras. Me encargó que me fuese con los navíos y con la gente al puerto de Xagua, a doce leguas, y allí estuve hasta el veinte de febrero.